

El médico Hunain fue llamado a comparecer ante el califa, que deseaba veneno para sus enemigos. Ofreció al médico riquezas, si obedecía, y la cárcel, si ponía dificultades. Al cabo de un año de prisión, Hunain fue nuevamente arrastrado hasta el trono del califa. A un lado del trono habían amontonado tesoros; al otro, instrumentos de tortura. El califa señaló primero uno de los montones, luego el otro.

—¿Cuál eliges? —preguntó.

Hunain le respondió:

—Yo solo he aprendido el arte de curar y ningún otro.

El califa le hizo una seña al verdugo, y Hunain, sintiendo llegar su última hora, dijo:

—El día del juicio Dios me recompensará. Si el califa quiere pecar, es asunto suyo.

La sonrisa del califa rompió la tensión. Nunca había pretendido herir al médico. Solo quiso poner a prueba su honorabilidad.

FIN